

LA CAJA DE CARTÓN

de Arthur Conan Doyle



Publicado por [Libros Gratis Online](#).
Visita el sitio para [Descarga libros electrónicos gratuitos de literatura clásica](#), libros y novelas.

Esta obra está licenciada bajo una
[Licencia Creative Commons Atribución No Comercial 3.0 Estados Unidos](#).

[La caja de cartón de Arthur Conan Doyle](#)

LA CAJA DE CARTÓN

Al escoger algunos casos típicos que ilustran las notables facultades mentales de mi amigo Sherlock Holmes, he procurado, en la medida de lo posible, seleccionar aquellos que presentaban el mínimo sensacionalismo, a la vez que ofrecían un campo justo para sus talentos. No obstante, es lamentable que resulte imposible separar del todo lo sensacional de lo criminal, y un cronista se halla en el dilema de que debe sacrificar detalles esenciales para su relato, dando así una falsa impresión del problema, o bien utilizar hechos que el azar, y no la elección, le ha proporcionado. Con este breve preámbulo pasaré a mis notas sobre lo que resultó ser una cadena de acontecimientos extraña, aunque particularmente terrible.

Era un día abrasador de agosto. Baker Street se asemejaba a un horno, y el resplandor de la luz del sol sobre la fachada amarilla de la casa al otro lado de la calle era doloroso para la vista. Era difícil creer que aquellas fueran las mismas paredes que se alzaban tan sombrías entre las nieblas del invierno. Nuestras persianas estaban a medio bajar, y Holmes yacía encorvado en el sofá, leyendo y releiendo una carta que había recibido por la posta matutina. En cuanto a mí, mi servicio en la India me había enseñado a soportar mejor el calor que el frío, y un termómetro marcando 90 no suponía para mí ninguna dificultad. Pero el periódico de la mañana resultaba poco interesante. El Parlamento se había levantado. Todo el mundo había salido de la ciudad, y yo anhelaba los claros del New Forest o las gravas de Southsea. Una cuenta bancaria deprimida me había obligado a posponer mis vacaciones, y en cuanto a mi compañero, ni

el campo ni el mar le resultaban en absoluto atractivos. Él amaba yacer en el mismísimo centro de cinco millones de personas, con sus filamentos extendiéndose entre ellas, siempre alerta a cada rumor o sospecha de crimen sin resolver. La apreciación de la naturaleza no hallaba sitio entre sus múltiples dones, y su única distracción era desviar su mente del delincuente de la ciudad para rastrear a su hermano del campo.

Al notar que Holmes estaba demasiado absorto para conversar, descarté el insulso periódico y, recostado en mi silla, caí en profunda reflexión. De repente, la voz de mi compañero irrumpió en mis pensamientos.

—Tienes razón, Watson —dijo—. Parece un modo completamente absurdo de resolver una disputa.

—¡Absurdo! —exclamé— y, de pronto, dándome cuenta de cómo había expresado el pensamiento más íntimo de mi alma, me enderecé en la silla y lo miré asombrado.

—¿Qué significa esto, Holmes? —exclamé—. Esto supera todo lo que podría haber imaginado.

Él rió con ganas ante mi perplejidad.

—Recuerdas —dijo— que hace poco, cuando te leí el pasaje de uno de los relatos de Poe en el que un razonador perspicaz deduce los pensamientos no expresados de su interlocutor, te inclinaste a tratar el asunto como una mera exhibición de fuerza del autor. Al comentar que yo solía hacer lo mismo, expresaste incredulidad.

—¡Oh, no!

—Quizá no con tus palabras, querido Watson, pero ciertamente con tus cejas. Así que, cuando te vi dejar el periódico a un lado y sumirte en un tren de pensamiento, me alegró tener la oportunidad de leerlo y, finalmente, intervenir en él, para demostrar que estaba en sintonía contigo.

Pero yo aún no estaba satisfecho.

—En el ejemplo que me leíste —dije—, el razonador extraía sus conclusiones de las acciones del hombre que observaba. Si mal no recuerdo, tropezó con un montón de piedras, miró hacia las estrellas, y así sucesivamente. Pero yo me he sentado tranquilamente en mi silla; ¿qué indicios pude haberte dado?

—Te haces un flaco favor. A la humanidad se le han dado los rasgos como el medio para expresar sus emociones, y los tuyos son fieles servidores.

—¿Insinúas, entonces, que dedujiste mi tren de pensamientos a partir de mis rasgos?

—De tus rasgos, y especialmente de tus ojos. ¿Acaso no puedes recordar cómo comenzó tu ensoñación?

—No, no lo recuerdo.

—Entonces te lo contaré. Tras desechar el periódico, acción que llamó mi atención, permaneciste medio minuto con la mirada vacía. Luego tus ojos se fijaron en tu recién enmarcado retrato del general Gordon, y noté en el cambio de tu rostro que se había iniciado un hilo de pensamiento. Pero no llegó muy lejos. Tus ojos se deslizaron hacia el retrato sin marco de Henry Ward Beecher que se encontraba sobre tus libros. Entonces levantaste la vista hacia la pared, y por supuesto tu intención era obvia. Pensabas que, si el retrato se enmarcara, cubriría ese espacio desnudo y armonizaría con la imagen de Gordon allá.

—¡Me has seguido a la perfección! —exclamé.

—Hasta aquí difícilmente me habría equivocado. Pero luego tus pensamientos volvieron a Beecher, y miraste fijamente, como si estudiaras el carácter en sus rasgos. Después tus ojos dejaron de entrecerrarse, pero continuaste mirando de reojo, con el rostro pensativo. Recordabas los episodios de la carrera de Beecher. Yo sabía muy bien que no podías hacerlo sin pensar en la misión que emprendió en favor del Norte durante la Guerra Civil, pues recuerdo que expresaste una apasionada indignación por la forma en que fue recibido por los más turbulentos de nuestra gente. Sentías tan

intensamente eso, que sabía que no podías pensar en Beecher sin evocar también aquello. Un instante después, al ver que tus ojos se alejaban del retrato, sospeché que tu mente había virado hacia la Guerra Civil, y al observar que tus labios se apretaron, tus ojos brillaron y tus manos se cerraron, estuve seguro de que pensabas en la gallardía mostrada por ambos bandos en aquella lucha desesperada. Pero luego, de nuevo, tu rostro se entristeció; negaste con la cabeza. Meditabas sobre la tristeza, el horror y el inútil despilfarro de la vida. Tu mano se desplazó hacia una antigua herida, y una sonrisa temblorosa se dibujó en tus labios, lo que me indicó que el ridículo de este método para resolver disputas internacionales se había infiltrado en tu mente. En ese momento coincidí contigo en que era absurdo, y me alegró constatar que todas mis deducciones habían sido correctas.

—¡Exactamente! —dije yo—. Y ahora que lo has explicado, confieso que estoy tan asombrado como antes.

—Fue algo superficial, querido Watson, te lo aseguro. No habría interrumpido tu atención si no hubieras mostrado cierta incredulidad el otro día. Pero tengo en mis manos un pequeño problema que puede resultar más difícil de solucionar que mi pequeño ensayo de lectura de pensamientos. ¿Viste en el periódico un breve párrafo que hace referencia al extraordinario contenido de un paquete enviado por la posta a la señorita Cushing, de Cross Street, Croydon?

—No, no vi nada.

—¡Ah! Debiste pasártelo por alto. Pásamelo. Aquí está, bajo la columna financiera. ¿Serías tan amable de leerlo en voz alta?

Recogí el periódico que él me había lanzado de nuevo y leí el párrafo señalado. Estaba encabezado: "Un Paquete Macabro."

—La señorita Susan Cushing, residente en Cross Street, Croydon, ha sido víctima de lo que debe considerarse una broma práctica particularmente repugnante, salvo que a la misma se adjunte algún significado más siniestro. A las dos de la tarde de ayer, el cartero entregó un pequeño paquete, envuelto en papel marrón. En su

interior había una caja de cartón llena de sal gruesa. Al vaciarla, la señorita Cushing se horrorizó al descubrir dos orejas humanas, aparentemente recién cortadas. La caja había sido enviada por correo paquetero desde Belfast la mañana anterior. No se ha podido identificar al remitente, y el asunto resulta aún más enigmático dado que la señorita Cushing, una dama soltera de cincuenta años, ha llevado una vida sumamente reservada, con tan pocos conocidos o correspondientes que es algo insólito que reciba algo por la posta. Sin embargo, hace algunos años, cuando residía en Penge, alquiló habitaciones de su casa a tres jóvenes estudiantes de medicina, a quienes se vio obligada a desalojar debido a sus ruidosos e irregulares hábitos. La policía opina que este ultraje pudo haber sido perpetrado contra la señorita Cushing por esos jóvenes, quienes le tenían algún rencor y esperaban asustarla enviándole estos restos propios de las salas de disección. A esta teoría se le suma el hecho de que uno de esos estudiantes procedía del norte de Irlanda y, según la creencia de la señorita Cushing, de Belfast. Mientras tanto, el caso está siendo investigado activamente, teniendo a cargo del asunto al señor Lestrade, uno de nuestros oficiales detectives más ágiles.

—Eso es lo que dice el Daily Chronicle —comentó Holmes mientras yo terminaba de leer—. Ahora, en cuanto a nuestro amigo Lestrade, recibí una nota suya esta mañana en la que decía: “Creo que este caso está muy en tu línea. Tenemos toda esperanza de esclarecer el asunto, pero encontramos cierta dificultad para que algo funcione. Por supuesto, hemos mandado un telegrama a la oficina de correos de Belfast, pero se entregaron numerosos paquetes ese día y no tienen forma de identificar este en particular, ni de recordar al remitente. La caja es de un medio libra, de tabaco honeydew, y no nos aporta nada. La teoría del estudiante de medicina sigue siendo la más factible, pero si tienes unas horas libres, me encantaría que vinieras aquí. Estaré en casa o en la comisaría todo el día.” —¿Qué dices, Watson? ¿Soportarás el calor y correrás conmigo hasta Croydon con la esperanza de conseguir un caso para tus anales?

—Estaba deseando hacer algo.

—Entonces lo tendrás. Llama a los botines y dile al chófer que pida un taxi. Regreso en un momento, después de cambiarme la bata y rellenar mi caja de puros.

Mientras viajábamos en tren, comenzó a caer una llovizna y el calor resultaba mucho menos opresivo en Croydon que en la ciudad. Holmes había enviado un telegrama, por lo que Lestrade, tan enjuto, elegante y parecido a una comadreja como siempre, nos esperaba en la estación. Una caminata de cinco minutos nos condujo hasta Cross Street, donde residía la señorita Cushing.

Era una calle muy larga de casas de ladrillo de dos pisos, ordenadas y recatadas, con escaleras de piedra blanqueada y pequeños grupos de mujeres con delantal charlando en las puertas. A mitad de camino, Lestrade se detuvo y tocó una puerta, que fue abierta por una pequeña criada. La señorita Cushing se encontraba sentada en la sala principal, en la que nos introdujeron. Era una mujer de rostro sereno, con grandes y amables ojos, y el cabello canoso cayendo en suaves rizos sobre sus sienes a cada lado. Tenía un antimacassar trabajado sobre el regazo y un cesto de sedas coloreadas sobre un taburete a su lado.

—Están en el cobertizo, esas cosas espantosas —dijo ella cuando entró Lestrade—. Ojalá pudieran llevarlos para siempre.

—Así lo haré, señorita Cushing. Los guardé aquí únicamente hasta que mi amigo, el señor Holmes, los viera en su presencia.

—¿Por qué, en mi presencia, señor?

—Por si él quisiera hacer alguna pregunta.

—¿De qué me servirían preguntas, si te digo que no sé nada al respecto?

—Exactamente, señora —dijo Holmes, con su voz tranquilizadora—. No tengo duda de que ya has sufrido lo suficiente con este asunto.

—En efecto, señor. Soy una mujer tranquila y llevo una vida retirada. Es algo nuevo para mí ver mi nombre en los periódicos y

encontrar a la policía en mi casa. No quiero esos trastos aquí, señor Lestrade. Si los quiere ver, tendrá que ir al cobertizo.

Se trataba de una pequeña caseta en el angosto jardín que corría detrás de la casa. Lestrade entró y sacó una caja de cartón amarilla, acompañada de un trozo de papel marrón y un cordel. Al final del camino había un banco y todos nos sentamos mientras Holmes examinaba, uno a uno, los objetos que Lestrade le había entregado.

—El cordel resulta sumamente interesante —comentó, sosteniéndolo a contraluz y oliéndolo—. ¿Qué opinas de este cordel, Lestrade?

—Está impregnado de alquitrán.

—Exacto. Se trata de un trozo de soga alquitranada. Además, seguramente habrás notado que la señorita Cushing ha cortado la cuerda con unas tijeras, como se evidencia por el doble deshilachado en cada extremo. Esto es importante.

—No veo la importancia —dijo Lestrade.

—La importancia reside en que el nudo permanece intacto, y que este nudo tiene un carácter peculiar.

—Está atado con mucha pulcritud. Ya lo había notado —comentó Lestrade con complacencia.

—Bueno, eso es lo del cordel —dijo Holmes, sonriendo—, ahora veamos el envoltorio de la caja. Papel marrón, con un marcado olor a café. ¿No lo habías notado? No creo que haya lugar a dudas. La dirección está impresa con caracteres algo desaliñados: "Miss S. Cushing, Cross Street, Croydon". Hecho con una pluma de trazo grueso, probablemente una J, y con una tinta bastante inferior. La palabra Croydon originalmente se escribió con una "i", que fue cambiada por una "y". El paquete fue enviado entonces por un hombre —la tipografía es marcadamente masculina—, de educación limitada y ajeno al conocimiento de Croydon. ¡Hasta aquí, todo correcto! La caja es de un amarillo característico, de media libra de tabaco honeydew, sin rasgo distintivo salvo dos marcas de huellas

dactilares en la esquina inferior izquierda. Está llena de sal gruesa de la calidad que se utiliza para conservar cueros y para otros fines comerciales más toscos. Y en su interior se hallan estos singulares contenidos.

Mientras hablaba, sacó las dos orejas, y apoyando una tabla sobre su rodilla, las examinó minuciosamente, mientras Lestrade y yo, inclinados a cada lado, alternábamos la mirada entre esos espantosos restos y el rostro atento y expectante de nuestro compañero. Finalmente, volvió a colocarlas en la caja y se sentó un rato en profunda meditación.

—Habéis notado, por supuesto —dijo al fin—, que las orejas no son un par.

—Sí, lo he notado. Pero si se tratara de la broma práctica de unos estudiantes de las salas de disección, les sería tan fácil enviar dos orejas disparejas como un par.

—Exacto. Pero esto no es una broma.

—¿Estás seguro?

—La presunción se inclina en contra. Los cadáveres de las salas de disección se inyectan con un fluido conservante. Estas orejas no muestran señales de ello. Además, son frescas. Han sido cortadas con un instrumento romo, lo que difícilmente ocurriría si lo hubiera hecho un estudiante. Asimismo, los preservativos que un médico sugeriría serían carbón o alcohol rectificado, y ciertamente no sal gruesa. Repito: aquí no hay una broma práctica, sino que estamos investigando un crimen serio.

Una vaga emoción recorrió mi ser al escuchar las palabras de mi compañero y ver la gravedad severa que endurecía sus rasgos. Ese brutal prelude parecía arrojar en el fondo alguna extraña e inexplicable sombra de horror. Lestrade, sin embargo, negó con la cabeza como quien está apenas convencido.

—Sin duda hay objeciones a la teoría de la broma —dijo—, pero existen razones mucho más contundentes en contra de la otra.

Sabemos que esta mujer ha llevado una vida muy tranquila y respetable en Penge y aquí durante los últimos veinte años. Apenas se ha ausentado de su casa ni un solo día en ese tiempo. ¿Por qué, entonces, enviaría un criminal a una mujer como ella las pruebas de su culpa, especialmente si, a menos que sea una actriz consumada, entiende tan poco del asunto como nosotros?

—Ese es el problema que debemos resolver —respondió Holmes—, y en lo que a mí respecta, lo abordaré partiendo de la presunción de que mi razonamiento es correcto y que se ha cometido un doble asesinato. Una de estas orejas es de mujer, pequeña, finamente formada y perforada para un pendiente. La otra es de hombre, bronceada, descolorida y también perforada para pendiente. Presumiblemente, estas dos personas están muertas, o de lo contrario habríamos conocido su historia hasta ahora. Hoy es viernes. El paquete fue enviado el jueves por la mañana. La tragedia, pues, ocurrió el miércoles o martes, o antes. Si estas dos personas fueron asesinadas, ¿quién más que su asesino enviaría a la señorita Cushing esta señal de su obra? Podemos asumir que el remitente del paquete es el hombre que buscamos. Pero debe tener una razón contundente para enviarle este paquete a la señorita Cushing. ¿Qué motivo? Debe haber sido para decirle que el hecho se ha consumado; o para causarle dolor, quizás. Pero en ese caso, ella sabría quién es. ¿Lo sabe? Lo dudo. Si lo supiera, ¿por qué llamaría a la policía? Habría enterrado las orejas, y nadie se habría enterado. Eso habría hecho si quisiera proteger al criminal. Pero si no quiere protegerlo, daría su nombre. Hay en este asunto un enredo que debe desentrañarse.

Había estado hablando en voz alta y acelerada, mirando fijamente por encima de la valla del jardín, pero ahora se levantó enérgicamente y se encaminó hacia la casa.

—Tengo algunas preguntas para hacerle a la señorita Cushing —dijo.

—En ese caso, puedo dejaros aquí —comentó Lestrade—, pues tengo otro pequeño asunto entre manos. Creo que ya no tengo nada

más que aprender de la señorita Cushing. Me veréis en la comisaría.

—Pasaremos a saludarle de camino al tren —respondió Holmes.

Un momento después, él y yo regresamos a la sala, donde la impenetrable dama seguía tranquilamente trabajando en su antimacassar. Al vernos, lo dejó sobre su regazo y nos miró con sus sinceros y penetrantes ojos azules.

—Estoy convencida, señor —dijo—, de que este asunto es un error y que el paquete jamás fue destinado a mí. Se lo he dicho en varias ocasiones al caballero de Scotland Yard, pero él simplemente se ríe de mí. No tengo enemigos en el mundo, hasta donde yo sé, ¿por qué, entonces, alguien me haría tal jugarreta?

—Estoy llegando a la misma conclusión, señorita Cushing —dijo Holmes, sentándose a su lado—. Creo que es más que probable... —hizo una pausa, y yo me sorprendí al ver que observaba fijamente el perfil de la dama con singular intensidad. Por un instante se le leían en el rostro sorpresa y satisfacción, aunque cuando ella miró a su alrededor para averiguar el motivo de su silencio, se volvió tan recatado como siempre. Yo también estudié con atención su cabello llano y canoso, su elegante gorra, sus pequeños pendientes dorados, sus rasgos plácidos; pero no pude ver nada que explicara la evidente excitación de mi compañero.

—Había una o dos preguntas—

—¡Ya estoy harta de preguntas! —exclamó la señorita Cushing, impaciente.

—Tienes dos hermanas, creo.

—¿Cómo lo sabes?

—Observé, en cuanto entré en la sala, que tienes un retrato grupal de tres damas sobre la repisa de la chimenea, de las cuales una eres tú indudablemente, mientras que las otras se parecen tanto a ti que no cabe duda de su parentesco.

—Así es. Esas son mis hermanas, Sarah y Mary.

—Y aquí, a mi lado, hay otro retrato, tomado en Liverpool, de tu hermana menor, en compañía de un hombre que parece ser mayordomo por su uniforme. Noto que en ese entonces era soltera.

—Observas muy bien.

—Es mi oficio.

—Bueno, tienes razón. Pero ella se casó con el señor Browner unos días después. Él estaba en la línea suramericana cuando se tomó esa foto, pero la amaba tanto que no soportaba dejarla sola tanto tiempo, y se embarcó en los barcos de Liverpool y Londres.

—¿Ah, el Conquistador, quizá?

—No, el May Day, según lo último que oí. Jim bajó a verme una vez. Eso fue antes de que rompiera el compromiso; pero después, siempre que tocaba tierra, bebía, y un poco de licor lo volvía completamente desquiciado. ¡Ah! Fue un mal día para él desde que volvió a alzar un vaso. Primero me abandonó, luego discutió con Sarah, y ahora que Mary ha dejado de escribir, no sabemos bien cómo van las cosas entre ellos.

Se notaba que la señorita Cushing había tocado un tema que le afectaba profundamente. Como suele ocurrir en personas solitarias, era tímida al principio, pero terminaba por volverse extremadamente comunicativa. Nos contó muchos detalles sobre su cuñado, el mayordomo, y luego, desviándose hacia el tema de sus antiguos inquilinos, los estudiantes de medicina, nos ofreció un largo relato de sus fechorías, mencionando sus nombres y los de sus hospitales. Holmes escuchaba atentamente todo, lanzando alguna pregunta de vez en cuando.

—Acerca de tu segunda hermana, Sarah —comentó—. Me sorprende que, siendo ambas damas solteras, no vivan juntas.

—¡Ah! Si supieras el carácter de Sarah, ya no te sorprenderías. Lo intenté cuando vine a Croydon y convivimos hasta hace unos dos meses, cuando tuvimos que separarnos. No quiero decir nada malo

de mi propia hermana, pero siempre fue entrometida y difícil de complacer, esa era Sarah.

—Dices que discutía con tus familiares de Liverpool.

—Sí, y en su momento fueron muy unidas. Hasta se mudó allá para estar cerca de ellos. Y ahora ya ni una palabra dura tiene para Jim Browner. Durante los últimos seis meses que estuvo aquí, no dejaba de hablar de su manera de beber y sus modos. Sospecho que la pilló entrometiéndose y le dio una buena reprimenda, y eso fue el comienzo.

—Gracias, señorita Cushing —dijo Holmes, levantándose e inclinándose—. Tu hermana Sarah vive, creo que dijiste, en New Street, Wallington. Adiós, y lamento mucho que hayas tenido que ser perturbada por un caso en el que, según dices, no tienes nada que ver.

Justo en ese momento pasó un taxi y Holmes lo hizo señas.

—¿Cuánto hasta Wallington? —preguntó.

—Aproximadamente dos millas, señor.

—Muy bien. Sube, Watson. Hay que aprovechar el momento. Por sencillo que parezca el caso, han aparecido uno o dos detalles muy instructivos. Solo para en un telegrama, por favor, avisa al taxista al pasar por una oficina de telégrafos.

Holmes envió un breve telegrama y, durante el resto del trayecto, se recostó en el taxi con su sombrero ladeado sobre la nariz para protegerse del sol. Nuestro conductor se detuvo frente a una casa no muy diferente de aquella de la que acabábamos de salir. Mi compañero le indicó que esperase y, con la mano sobre el llamador, se abrió la puerta, revelando a un joven serio vestido de negro, con un sombrero muy reluciente.

—¿Está la señorita Cushing en casa? —preguntó Holmes.

—La señorita Sarah Cushing está gravemente enferma —respondió el joven—. Desde ayer padece síntomas cerebrales de

gran severidad. Como su consejero médico, no puedo asumir la responsabilidad de permitir que alguien la vea. Le recomendaría que regresara en diez días.

Se puso los guantes, cerró la puerta y se marchó por la calle.

—Bueno, si no podemos, no podemos —comentó Holmes, con tono alegre.

—Quizá ella no pudo, o no quiso contarte mucho.

—No deseaba que me dijera nada. Solo quería verla. Sin embargo, creo haber obtenido todo lo que necesito. Llevadnos a un hotel decente, taxi, donde podamos almorzar, y después iremos a ver a nuestro amigo Lestrade en la comisaría.

Durante una agradable comida juntos, Holmes habló únicamente de violines, narrando con gran entusiasmo cómo había adquirido su propio Stradivarius, que valía al menos quinientas guineas, en una joyería judía de Tottenham Court Road por cincuenta y cinco chelines. Esto lo llevó a hablar de Paganini, y pasamos una hora entera con una botella de claret, mientras me contaba anécdota tras anécdota de aquel hombre extraordinario. La tarde ya avanzaba y el intenso calor se había suavizado en un brillo tenue antes de que nos encontráramos en la comisaría. Lestrade nos esperaba en la puerta.

—Un telegrama para usted, señor Holmes —dijo él.

—¡Ja! ¡Es la respuesta! —exclamó, abriéndolo apresuradamente, echando un vistazo y arrugándolo en el bolsillo—. Todo en orden, dice.

—¿Has descubierto algo?

—¡He descubierto todo!

—¿¡Qué!? —Lestrade lo miró asombrado—. Estás bromeando.

—Jamás he sido tan serio en mi vida. Se ha cometido un crimen escandaloso, y creo haber desvelado cada uno de sus detalles.

—¿Y el criminal?

Holmes garabateó unas palabras en el reverso de una de sus tarjetas de visita y se la lanzó a Lestrade.

—Ese es el nombre —dijo—. No podrás efectuar un arresto hasta mañana por la noche, como muy pronto. Preferiría que mi nombre no se mencione en absoluto en relación con el caso, ya que opto por asociarme únicamente con aquellos crímenes que presentan alguna dificultad en su resolución. Vamos, Watson.

Salimos juntos hacia la comisaría, dejando a Lestrade aún mirando extasiado la tarjeta que Holmes le había lanzado.

—El caso —dijo Sherlock Holmes, mientras fumábamos nuestros cigarros esa noche en nuestras habitaciones de Baker Street— es uno en el que, como en las investigaciones que has relatado bajo los nombres de “Estudio en Escarlata” y “El Signo de los Cuatro”, nos hemos visto obligados a razonar de los efectos a las causas. He escrito a Lestrade pidiéndole que nos aporte los detalles que aún faltan y que solo obtendrá una vez que haya capturado a su hombre. Se le puede confiar, pues, aunque carezca absolutamente de razón, es tan tenaz como un bulldog cuando entiende lo que ha de hacer, y, de hecho, es precisamente esa tenacidad la que lo ha llevado a la cima de Scotland Yard.

—¿Tu caso aún no está completo, entonces? —pregunté.

—En lo esencial, sí lo está. Sabemos quién es el autor de tan repugnante hecho, aunque aún se nos escapa el de una de las víctimas. Por supuesto, ya has sacado tus propias conclusiones.

—¿Presumes que este tal Jim Browner, el mayordomo de un barco de Liverpool, es el hombre que sospechas?

—¡Oh! Es más que una sospecha.

—Y, sin embargo, no veo nada salvo indicios muy vagos.

—Al contrario, para mí nada podría ser más claro. Permíteme repasar los puntos principales. Abordamos el caso, recordarás, con la mente absolutamente despejada, lo cual siempre es una ventaja. No habíamos formado ninguna teoría. Estábamos allí simplemente para

observar y deducir a partir de nuestras observaciones. ¿Qué fue lo primero que vimos? Una dama muy tranquila y respetable, que parecía completamente ajena a cualquier secreto, y un retrato que me indicó que tenía dos hermanas menores. Se me iluminó de inmediato la idea de que la caja quizá hubiera sido destinada a una de ellas. Dejé de lado esa idea, ya que podría ser comprobada o refutada con el tiempo. Luego fuimos al jardín, como recordarás, y allí vimos el contenido singular de la pequeña caja amarilla.

—El cordel era del tipo que utilizan los fabricantes de velas a bordo, y enseguida se percibió un aroma a mar en nuestra investigación. Cuando noté que el nudo era el popular entre los marineros, que el paquete había sido enviado desde un puerto y que la oreja masculina estaba perforada para un pendiente, me convencí por completo de que todos los protagonistas de la tragedia pertenecían a nuestras clases marítimas.

—Al examinar la dirección del paquete, noté que estaba dirigido a la señorita S. Cushing. Ahora, la hermana mayor sería, por supuesto, la señorita Cushing, y aunque su inicial es "S", podría pertenecer a otra de ellas. En ese caso, tendríamos que reiniciar la investigación desde cero. Así que entré en la casa con la intención de aclarar ese punto. Estaba a punto de asegurarle a la señorita Cushing que estaba convencido de que se había cometido un error, cuando, recordarás, me detuve repentinamente. La verdad es que acababa de ver algo que me llenó de asombro y, al mismo tiempo, redujo enormemente el campo de nuestra investigación.

—Como hombre de medicina, ya sabes, Watson, que ninguna parte del cuerpo varía tanto como la oreja humana. Cada oreja es, por regla general, bastante distintiva y difiere de todas las demás. En el *Anthropological Journal* del año pasado encontrarás dos breves monografías mías sobre el tema. Así que examiné las orejas de la caja con ojos expertos y anoté cuidadosamente sus peculiaridades anatómicas. Imagínate mi sorpresa, pues, al ver en la señorita Cushing que su oreja coincidía exactamente con la oreja femenina que acababa de inspeccionar. El hecho estaba totalmente fuera de

toda coincidencia. Presentaba el mismo acortamiento del pabellón, la misma amplia curvatura del lóbulo superior, la misma convolución del cartilago interno. En lo esencial, era la misma oreja.

—Por supuesto, comprendí enseguida la enorme importancia de la observación. Era evidente que la víctima era un pariente sanguíneo, y probablemente muy cercano. Empecé a hablarle sobre su familia, y recordarás que en seguida nos dio detalles de gran valor.

—En primer lugar, su hermana se llamaba Sarah, y su dirección había sido, hasta hace poco, la misma, de modo que resultaba obvio cómo se había producido el error y a quién se destinaba el paquete. Luego oímos hablar de ese mayordomo, casado con la tercera hermana, y supimos que en su momento había sido tan íntimo con la señorita Sarah que ella había llegado incluso a mudarse a Liverpool para estar cerca de los Browner, pero una disputa posterior los separó. Esa pelea había cortado toda comunicación durante algunos meses, de modo que si Browner hubiera tenido ocasión de enviar un paquete a la señorita Sarah, sin duda lo habría hecho a su antigua dirección.

—Y, en ese momento, las cosas empezaban a encajar de forma maravillosa. Habíamos oído hablar de la existencia de ese mayordomo, un hombre impulsivo y de fuertes pasiones — recordarás que arrojó lo que debió haber sido una litera superior, para estar más cerca de su esposa—, sujeto además a episodios de fuerte embriaguez. Teníamos razones para creer que su esposa había sido asesinada, y que, al mismo tiempo, otro hombre — presumiblemente un marinero— había sido asesinado. Los celos, por supuesto, surgían de inmediato como motivo del crimen. ¿Y por qué se enviarían esas pruebas del hecho a la señorita Sarah Cushing? Probablemente porque, durante su residencia en Liverpool, tuvo algo que ver en la consecución de los acontecimientos que desembocaron en la tragedia. Observa que esta línea de barcos hace escala en Belfast, Dublín y Waterford; de modo que, presumiendo que Browner cometió el crimen y se embarcó enseguida en su

transatlántico, el May Day, Belfast sería el primer puerto desde el que podría enviar su terrible paquete.

—En ese punto, una segunda solución era obviamente posible, y aunque me pareció sumamente improbable, estaba decidido a dilucidar la cuestión antes de avanzar más. Un amante frustrado podría haber matado al señor y a la señora Browner, y la oreja masculina podría pertenecer al marido. Había muchas serias objeciones a esta teoría, pero era concebible. Así que mandé un telegrama a mi amigo Algar, de la fuerza de Liverpool, pidiéndole que averiguara si la señora Browner estaba en casa y si Browner había partido en el May Day. Luego fuimos a Wallington a visitar a la señorita Sarah.

—Tenía curiosidad, en primer lugar, por ver cuánto se reproducía el rasgo de la oreja familiar en ella. Después, claro, ella podría aportarnos información muy importante, aunque no estaba seguro de que lo hiciera. Seguramente ya había oído hablar del asunto el día anterior, ya que todo Croydon vibraba con él, y solo ella podía haber comprendido a quién se destinaba el paquete. Si hubiera querido ayudar a la justicia, probablemente ya se habría puesto en contacto con la policía. Sin embargo, era nuestro deber verla, así que fuimos. Descubrimos que la noticia de la llegada del paquete — para la fecha de su enfermedad— le había causado un efecto tal que le provocó fiebre cerebral. Quedaba más claro que nunca que comprendía plenamente su significado, pero igualmente evidente era que tendríamos que esperar un tiempo para contar con cualquier ayuda de su parte.

—No obstante, en realidad, éramos independientes de su colaboración. Nuestras respuestas nos aguardaban en la comisaría, donde había indicado a Algar que las enviara. Nada podía ser más concluyente. La casa de la señora Browner había estado cerrada durante más de tres días, y los vecinos opinaban que se había marchado al sur para ver a sus parientes. Se había constatado en las oficinas de envíos que Browner había partido a bordo del May Day, y calculo que ella debe llegar al Támesis mañana por la noche.

Cuando él llegue, será interceptado por el obstinado, aunque resuelto, Lestrade, y no tengo duda de que obtendremos todos los detalles.

Sherlock Holmes no se vio defraudado por sus expectativas. Dos días después recibió un voluminoso sobre, que contenía una breve nota del detective y un documento mecanografiado de varias hojas de papel foolscap.

—Lestrade lo tiene todo claro —comentó Holmes, alzando la vista hacia mí—. Quizás te interese escuchar lo que dice.

—Muy estimado señor Holmes: En conformidad con el plan que habíamos ideado para comprobar nuestras teorías —“el ‘nosotros’ me parece bastante elegante, Watson, ¿no crees?”—, ayer a las 6 p.m. me dirigí al Albert Dock y embarqué en el s.s. May Day, perteneciente a la Liverpool, Dublin and London Steam Packet Company. Al indagar, descubrí que había a bordo un mayordomo de nombre James Browner, y que se había comportado de forma tan extraordinaria durante la travesía que el capitán se vio obligado a relevarle de sus funciones. Al descender a su litera, lo encontré sentado sobre un baúl, con la cabeza apoyada en sus manos, meciéndose de un lado a otro. Es un hombre corpulento, de rostro afeitado y muy moreno—algo parecido a Aldridge, quien nos ayudó en el asunto de la lavandería falsa. Saltó en cuanto oyó mi petición, y tuve que poner el silbato en mis labios para llamar a un par de policías fluviales que estaban a la vuelta de la esquina, pero parecía no tener remedio y extendió sus manos con la calma suficiente para que lo esposaran. Lo llevamos a las celdas, junto con su caja, pues pensamos que podía haber algo incriminatorio en ella; pero, salvo un gran cuchillo afilado, como suelen tener los marineros, no hallamos nada de valor. Sin embargo, comprobamos que ya no necesitaríamos más pruebas, porque al ser presentado ante el inspector en la comisaría, solicitó hacer una declaración, la cual fue, por supuesto, transcrita en el momento por nuestro taquígrafo. Se hicieron tres copias mecanografiadas, de una de las cuales adjunto la presente. El asunto demuestra, tal como siempre lo creí, ser sumamente simple,

pero te estoy obligado a agradecer por ayudarme en la investigación. Con mis mejores saludos, Sinceramente, G. Lestrade.

—¡Hum! La investigación resultó ser realmente muy simple — comentó Holmes—; pero no creo que a él se le haya ocurrido así en un principio. De todos modos, veamos qué tiene que decir Jim Browner por sí mismo. Esta es su declaración, tal como la formuló ante el inspector Montgomery en la comisaría de Shadwell, y tiene la ventaja de ser textual.

—¿Tengo algo que decir? Sí, tengo mucho que decir. Debo sincerarme por completo. Pueden colgarme o dejarme, no me importa un comino. Les aseguro que no he cerrado un ojo desde que lo hice, y no creo que lo vuelva a hacer hasta dejar de estar despierto. A veces es su rostro, pero la mayoría de las veces es el de ella. Nunca estoy sin uno u otro ante mí. Él luce ceñudo y tenebroso, pero ella tiene en su faz un cierto aire de sorpresa. Sí, el corderito blanco, bien podría sorprenderse al leer la muerte en un rostro que, en su día, rara vez reflejó otra cosa que amor.

—Pero fue culpa de Sarah, y que la maldición de un hombre deshecho eche la peste en ella y haga que la sangre se pudra en sus venas. No es que quiera absolverme. Sé que volví a beber como la bestia que soy. Pero ella me habría perdonado; se habría aferrado a mí como una soga a un bloque si esa mujer nunca hubiera cruzado nuestra puerta. Porque Sarah Cushing me amó—esa es la raíz del asunto—me amó, hasta que todo su amor se transformó en odio venenoso cuando se dio cuenta de que yo valoraba más la huella de la pisada de mi esposa en el barro que su cuerpo y alma enteros.

—Eran tres hermanas en total. La mayor era una buena mujer, la segunda, un demonio, y la tercera, un ángel. Sarah tenía treinta y tres años y Mary veintinueve cuando me casé. Éramos tan felices como el día es largo cuando formamos nuestro hogar juntos, y en todo Liverpool no había mujer mejor que mi Mary. Y luego invitamos a Sarah a quedarse durante una semana, y la semana se alargó hasta un mes, y una cosa llevó a la otra, hasta que ella se volvió parte de nosotros.

—En ese entonces yo tenía alta categoría, y estábamos ahorrando algo de dinero, y todo era tan brillante como un dólar nuevo. Dios mío, ¿quién habría imaginado que acabaría así? ¿Quién lo habría soñado?

—Acostumbraba a estar en casa los fines de semana con frecuencia, y a veces, si el barco se demoraba por carga, podía quedarme una semana entera, y de ese modo veía bastante a mi cuñada, Sarah. Era una mujer alta, elegante, vivaz y fiera, con una manera altiva de llevar la cabeza y un destello en los ojos como chispas al chocar dos pedernales. Pero cuando estaba la pequeña Mary, jamás pensé en ella, y lo juro por la misericordia de Dios.

—A veces me parecía que le gustaba quedarse a solas conmigo o tentar que saliéramos a pasear juntos, pero yo nunca le di importancia. Pero una tarde se me abrieron los ojos. Había bajado del barco y encontré a mi esposa fuera, pero a Sarah en casa. —¿Dónde está Mary? —pregunté. —Oh, se fue a pagar unas cuentas —respondió ella. —¿No puedes estar contento cinco minutos sin Mary, Jim? —le dije—. —Está bien, querida —respondí, extendiendo mi mano de forma amable—, pero ella la tomó con ambas y de inmediato sintieron un ardor febril. Miré en sus ojos y lo leí todo allí. No fue necesaria que ella hablara, ni tampoco para mí. Fruncí el ceño y aparté mi mano. Luego, se quedó a mi lado en silencio un momento, y después levantó la mano y me dio una palmada en el hombro. —¡Tranquilo, viejo Jim! —dijo, y con una risa burlona salió corriendo de la habitación.

—Desde ese momento Sarah me aborreció con todo su ser, y es una mujer capaz de odiar con vehemencia. Fui un tonto al dejarla seguir actuando de esa manera—un tonto embobado—, pero nunca dije una palabra a Mary, porque sabía que la entristecería. Las cosas continuaron prácticamente como antes, pero con el tiempo empecé a notar un cambio en la propia Mary. Siempre había sido tan confiada e inocente, pero ahora se volvió extraña y sospechosa, queriendo saber a dónde había ido, qué hacía, de quién provenían mis cartas, qué tenía en los bolsillos, y mil tonterías más. Día a día

se tornaba más rara e irritable, y discutíamos sin motivo alguno. Todo me tenía perplejo. Sarah me evitaba ahora, pero ella y Mary eran inseparables. Ahora entiendo que ella tramaba, maquinaba y envenenaba la mente de mi esposa contra mí, pero yo era tan ciego como un insecto que no lo podía comprender en ese momento. Luego rompí mi lazo azul y volví a beber, pero creo que no lo habría hecho si Mary hubiera permanecido como siempre. Tenía razones para sentirse decepcionada de mí, y la brecha entre nosotras se ensanchaba cada vez más. Y entonces apareció ese tal Alec Fairbairn, y las cosas se pusieron mil veces más oscuras.

—Primero fue a ver a Sarah en mi casa, pero pronto empezó a vernos a los dos, pues era un hombre encantador, que hacía amistades donde quiera que iba. Era un tipo apuesto y arrogante, astuto y rizado, que había recorrido la mitad del mundo, y podía hablar de lo que había visto. Era buena compañía, no lo negaré, y poseía maneras sorprendentemente educadas para ser marinero, de modo que creo que debió haber existido un tiempo en el que supo más de lo que se sabe en la proa que en el castillo de popa. Durante un mes entraba y salía de mi casa, y ni se me ocurrió que su conducta suave y engañosa pudiera acarrear daño. Y entonces, por fin, algo me hizo sospechar, y a partir de ese día mi paz se esfumó para siempre.

—Fue algo pequeño, también. Entré en la sala de estar sin previo aviso, y al abrir la puerta vi en el rostro de mi esposa una luz de bienvenida. Pero al notar quién era, se desvaneció y se volvió con una expresión de decepción. Eso fue suficiente para mí. No había nadie más, salvo Alec Fairbairn, cuyo paso ella podría haber confundido con el mío. Si lo hubiera visto, lo habría matado, porque siempre he sido como un loco cuando pierdo el control. Mary vio en mis ojos el brillo del diablo, y corrió hacia mí con las manos en mi manga. —¡No, Jim, no! —exclamó ella. —¿Dónde está Sarah? —pregunté. —En la cocina —respondió. —Sarah —dije al entrar—, este hombre Fairbairn no volverá a cruzar mi puerta. —¿Por qué no? —preguntó ella. —Porque lo ordeno. —¡Oh! —exclamó—, si mis amigos no son lo suficientemente buenos para esta casa,

entonces yo no lo soy. —Puedes hacer lo que quieras —dije—, pero si Fairbairn vuelve a asomar la cara, te enviaré una de sus orejas como recuerdo. Ella se asustó por mi semblante, creo, pues no respondió palabra, y esa misma noche abandonó mi casa.

—No sé ya si fue pura maldad de su parte o si pensó que podía volverme en contra de mi esposa incitándola a portarse mal. En fin, se mudó a una casa a tan solo dos calles de aquí y alquiló habitaciones a marineros. Fairbairn solía quedarse allí, y Mary iba a tomar el té con su hermana y él. No sé cuántas veces lo hizo, pero un día la seguí, y cuando entré por la puerta, Fairbairn se escapó por la pared trasera del jardín, como el cobarde mofeta que es. Le juré a mi esposa que lo mataría si la volvía a ver con él, y la conduje de vuelta a casa, sollozando y temblando, tan pálida como un papel. Ya no quedaba ni rastro de amor entre nosotros. Pude ver que ella me odiaba y me temía, y cuando ese pensamiento me llevó a beber, ella también me despreciaba.

—Sarah descubrió que no podía ganarse la vida en Liverpool, así que regresó, según entiendo, a vivir con su hermana en Croydon, y en casa las cosas siguieron más o menos igual. Y luego llegó la última semana, con toda la miseria y la ruina.

—Fue de esta manera. Habíamos partido en el May Day para un crucero de siete días, pero se soltó un tonel y se descontroló uno de nuestros platos, de modo que tuvimos que regresar al puerto por doce horas. Dejé el barco y volví a casa, pensando en la sorpresa que le causaría a mi esposa verme tan pronto. Esa idea me rondaba la cabeza cuando doblé la calle, y en ese instante pasó un taxi, y allí estaba ella, sentada al lado de Fairbairn, charlando y riendo, sin darle un pensamiento a mí, que la observaba desde la acera.

—Te aseguro, y te doy mi palabra, que desde ese momento ya no fui dueño de mí mismo, y todo parece un vago sueño al recordarlo. Había estado bebiendo intensamente últimamente, y ambas cosas combinadas nublaron mi mente. Ahora siento en mi cabeza algo pulsante, como el golpe de un martillo de muelle, pero esa mañana

parecía que tenía todo el estruendo y zumbido de las Cataratas del Niágara en mis oídos.

—Entonces me largué a toda prisa, persiguiendo el taxi. Tenía un pesado bastón de roble en la mano, y te aseguro que vi rojo desde el principio; pero mientras corría me hice astuto y me quedé atrás para observarlos sin ser visto. Se bajaron pronto en la estación de tren. Había una buena multitud alrededor de la taquilla, así que logré acercarme sin ser visto. Compraron billetes para New Brighton. Yo también lo hice, pero logré subir en tres vagones detrás de ellos. Cuando llegamos, caminaron por el Paseo, y yo no estuve a más de cien yardas de ellos. Al fin los vi contratar un bote y zarpar hacia el río, pues hacía mucho calor y, sin duda, pensaron que en el agua estarían más frescos.

—Fue como si hubieran caído en mis manos. Había una especie de bruma, y no se veía más allá de unos pocos cientos de yardas. Contraté un bote para mí, y los seguí. Apenas podía distinguir la silueta de su embarcación, pero iban casi tan rápido como yo, y debían haber estado a una milla de la orilla antes de que los alcanzara. La bruma era como un telón a nuestro alrededor, y éramos tres en medio de ella. ¡Dios mío, jamás olvidaré sus rostros cuando vieron quién se acercaba en el bote! Ella gritó. Él maldijo como un lunático y me golpeó con el remo, pues debió haber vislumbrado la muerte en mi mirada. Logré pasar junto a él y le di un tajo con mi bastón, aplastando su cabeza como si fuera un huevo. Quizá habría perdonado a ella, pese a mi furia, pero ella le echó los brazos alrededor, gritándole y llamándolo "Alec". Volví a golpear, y ella quedó tendida a su lado. En ese instante fui como una bestia salvaje que ha probado la sangre. Si Sarah hubiera estado allí, por Dios, se habría unido a la venganza. Saqué mi cuchillo y... ¡bien, eso es suficiente! He dicho lo necesario. Sentí una especie de salvaje regocijo al imaginar cómo se sentiría Sarah al ver las señales de lo que su intromisión había provocado. Luego até los cuerpos en el bote, introduje una tabla y me quedé hasta que se hundieron. Sabía muy bien que el dueño pensaría que habían perdido el rumbo en la bruma y se habían dejado llevar por el mar. Me limpié, volví a tierra

firme y me reincorporé al barco sin que nadie sospechara lo ocurrido. Esa noche preparé el paquete para Sarah Cushing, y al día siguiente lo envié desde Belfast.

—Ahí tienes la verdad completa —concluyó Browner.

—¿Qué significa, entonces, todo esto, Watson? —preguntó Holmes solemnemente, dejando el papel a un lado—. ¿Qué propósito tiene este círculo de miseria, violencia y miedo? Debe tener algún fin, o de lo contrario nuestro universo estaría gobernado por el azar, lo cual es impensable. ¿Pero qué fin? Es el gran problema perenne al que la razón humana está tan lejos de dar respuesta como siempre.

FIN